

México, ciudad salvada de las aguas

Bellinghausen, Hermann

Hermann Bellinghausen: Escritor mexicano. Autor de *La hora y el resto* y *Crónica de multitudes*, entre otros libros. Dirige la revista *Ojarasca* (Ciudad de México) y es coordinador de proyectos especiales de la revista *Nexos*. Profesor de Teoría Literaria en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En una superficie amorfa de 126 mil hectáreas, el valle de México, sus cerros y llanos adyacentes albergan el conglomerado sin solución de continuidad denominado Zona Metropolitana de la Ciudad de México, gobernada por un regente del Distrito Federal, un gobernador del Estado de México y una decena de presidentes municipales, todos miembros del Partido Revolucionario Institucional.

Alberga al 22% de la población total del país. Cada año se hunde 15 centímetros en lo que fue el lago de Tenochtitlan. El 27,5% de su superficie son calles. Las distancias son tales que un obrero emplea al año el equivalente a 45 días efectivos en transportarse. Las líneas de su red telefónica tienen 20 millones de kilómetros de longitud. Cada año la abandonan más de 50 mil aviones. En el D.F. se ubican 30 mil plantas productivas. Sólo en el Centro trabajan un cuarto de millón de empleados. Existen 20 mil restaurantes, bares y centros nocturnos. El 12 por ciento de las viviendas son construidas con lámina de asbesto o metálica. Cada día recibe 15 toneladas de alimento y dentro de su perímetro pululan 14 millones de ratas.¹

Aquí el cielo no puede esperar y sin embargo los solicitantes se la pasan haciendo cola, hipotecando su salvación, ahogados por las cifras, esa dictadura de la cantidad.

Laberintos de papel

Aquí, como en las ciudades de sueño, los nombres de las calles son un secreto, según queja de turistas y fuereños al enfrentar esta vialidad sin lógica. Excepto viaductos, periféricos, ejes, circuitos y la esquina de Insurgentes y Reforma, los nombres, las numeraciones y los sentidos se ocultan a quienes no son afortunados, inspirados o carteros. Fuera de ciertos ámbitos, hasta el taxista más pintado vuela por instrumentos.

¹Adaptado de Roberto Pliego y María Eugenia Murreita: «Cuentos de la ciudad» en *Nexos*, 6/1990.

Vale aquí un conmovido agradecimiento a la Guía Roji, que fundó el señor Roji en 1928 y continúa hasta nuestros días bajo la dirección de Clara García de Palacios Roji, para sumar 57 ediciones. Sin duda, la obra más consultada en el perímetro urbano después del Directorio Telefónico, donde los Rodríguez llenan 30 páginas, los Pérez 25, los Sánchez 31 y los García 43 - unos 18.400 teléfonos García -. Los Roji llevan la cuenta de cerradas, jardines y avenidas, siempre al día. Sin la guía de los Roji ¿cuántos destinos se perderían?

Hidalgo se llaman 252 calles, Juárez 244, Madero 131, Reforma 36 (sin contar Reforma Agraria, Civil, Constitucional, Educativa, Electoral, Estatal, Fiscal, Laboral, Liberal, Penal, Política, Popular, Religiosa, Sindical, Social, Urbana y Vial, cada una con su calle). Amapola, la flor prohibida, da su nombre a 27 calles; Juan Gabriel, sólo a 1. Las diagonales de Narvarte y Alamos subvierten la inercia lo mismo que los barrios enmarañados de Tizapán, Santa Fe o Los Reyes Coyoacán.

Cuántas veces uno va al 34 y después de media hora descubre que estaba entre el 70 y el 196. Salvador Novo, incapaz de ocultar su debilidad por los residuos de Anáhuac, escribió en su Nueva Grandeza Mexicana: 'El problema' de la nomenclatura... ¿es realmente un problema y no una muy especial solución de la ciudad? ¿Urge tan perentoriamente resolverlo con, por ejemplo, numerar las calles y cruzarlas con avenidas también numeradas? ¿No es esta confusión es este romántico fausticismo, una de las formas cautivadoras y legítimas como la ciudad escatima su rendición a los extraños, y sólo al precio de conquistarla poco a poco, de cortejarla, de amarla mucho, entrega al fin su rico secreto - recatado y difícil - a quienes la adoramos tal como es?.

A la dispersión vial se endosa un imperdonable caos arquitectónico. Una tras otra, fachadas de cualquier color, tamaño o estilo; remozada, cuarteada, idéntica a su origen o con un letrero luminoso o de lámina o la huella de una bala. Gusto colonial, neochafa, posmoderno, funcionalista, art nouveau, art déco, decimonónico, mudéjar. Su estilo, como las discusiones, es bizantino.

«Ciudad salvada de las aguas» dijo Novo al hablar de inundaciones. Su abigarrada superficie es un lugar para iniciados, o sea capitalinos, o sea quien sea: cualquiera puede convertirse en poblador de Anáhuac si se lo propone o le sucede.

La pintada

El carro echa a rodar inmediatamente después del timbre. Ese vehículo habitado por desconocidos parpadea frente a los anuncios de calcetines y calzones y se mete en la oscuridad del túnel, que todo lo refleja. Los viajeros respiran audiblemente; algunos incluso van vestidos con su respiración: es aura máscara, mensaje. Y cada uno puede oír, si se fija, los latidos de su corazón. El balance sobre los rieles impide la quietud absoluta, los arrulla para que no se duerman. Tururú. A punto de entregarse a la tensa modorra que ocupan los paréntesis de vacío que se le cuelan al día, una voz punzantemente infantil se quiebra en voz alta:

- Si-ñores pasajeros, oi-gan nada más.

Con el güiro de un casco de Titán y una moneda, un niño impone un ritmo vidrioso mientras la voz de su hermanita, sucia pero rutilante, tristísima, con la nariz pintada de rojo y tres pecas negras en cada mejilla, inicia una letanía:

- A ver y dígame usted ¿por qué me dicen la pintada?

- Y porque mira como trais la cara - le sigue el niño.

- Pero igual tanta señora que sale a la calle toda pintada y no li dicen nada.

- Pus qué no ves que sale maquillada.

- Si si pone harto rojo en su boca, si hasta parece changa.

- Si ve más guapa.

- Los pelos parados y almidonados.

- Así siusa ora la moda.

- ¿Y nadie lis dice a esas señoras qui son payasas?

- Qué no ves que son señoras guapas.

- ¿Y intonces por qué me dicen qui soy payasa?

- Porque eres pobre yistás chorriada.

Y a dúo:

- Si-ñoores pasajeros, con lo que gusten cooperar.

Dos vasitos de yogur sonajean monedas mientras el túnel se detiene en la estación Hidalgo, bajo la Alameda. Suena el timbre, se abren, pac, las puertas. En lo que unos suben y otros bajan, dos hombres de corbata y en mangas de camisa apañan a los niños, los arrastran carro afuera sin decir palabra; ruedan monedas; el niño grita que ellos no, que esperen, que orita; la niña dice ay.

El timbre otra vez. Una mujer con mandado se alza del asiento y grita por la ventana:

- Déjenlos, abusivos, montoneros cabrones, así son buenos.

El movimiento externo produce nuevo nistagmo al pasaje (ojos en oscilación horizontal) y todos regresan al silencio y la oscuridad de los espejos. Cada uno puede oír los latidos de su corazón. Todos respiran pero algo falta, las respiraciones han perdido su aura.

Unos bajan en Juárez. Otros prefieren continuar.

I

Zonas tristes y no tanto, carnes completas, cuerpos heridos, y en el gran rastro de Ferrería - clausurado recientemente-, miles de reses desolladas y partidas en esquemáticas parcelas de carnicería. Pequeñas calles y grandes avenidas llenas de carros y gente y humo. Zonas alegres, nocturnas, millonarias, miserables. Una comunidad desinhibida y con frecuencia violenta. En fin, una ciudad como cualquiera. ¿Qué hace entonces tan distinta a la ciudad de México, la muy única y eterna desaparecida, noble corazón del Anáhuac?

Su crecimiento voraz e ininterrumpido se inició en el mítico hallazgo del islote a medio lago, en él un nopal, y encima un águila devorando una serpiente. Esto aprenden los niños al iniciar la primaria, cosa que casi todos hacen: lo que ya muchos no pueden es terminarla; la deserción escolar es un problema nacional que se opone, tosca, al mandato de enseñanza gratuita para todos. Al lago llegó una tribu peregrina, los llamados mexicanos, que, procedente del árido norte, fundó Tenochtitlan, creció sobre el lago y sus islas, edificó el imperio más grande de Mesoamérica y recibió en 1519 a las hordas del wild geese castellano Hernán Cortés como si se trata de dioses anunciados.

Ese momento estelar, terrible, encierra el paradigma mayor de México: es una ciudad fácil, que se entrega, que recibe a todos y los retiene. Los españoles trajeron guerra, pillaje, enfermedades, avasallamiento, otra lengua y otro dios. Pero se les recibió como Dios manda, con regalos y mole de guajolote. Que los europeos resultaran unos pillos, y tras ellos llegaran una cultura y una historia completamente distintas es algo que los tristes emperadores Moctezuma, Cuitláhuac, Cuauhtémoc y sus súbditos no sospecharon.

Para ese momento el Valle albergaba una población superior al millón de habitantes, uno de los puntos más poblados en este planeta hacia 1.500 d.C.; dedicados, entonces como ahora, a un sinnúmero de actividades: comercio, educación, arte, gobierno, reventón, etc.; sólo dos oficios han desaparecido: la agricultura y la pesca. Ya no hay campos ni lago que cultivar. Pero aquí se vive. Amenazada siempre por un apocalipsis que se mantiene, crece y pudre, su intensidad no deja de florecer.

Tabaco

- Pasa un tabaco - dice el hombre, flaco y remotamente joven que me iguala el paso en el Jardín Hidalgo de Coyoacán. Toma el cigarro, lo lleva a su boca, y luego de aspirar el fuego inicial, agrega como si le preguntaran:

- Me voy a tener que robar un carro... salgo fuera.

A lo mejor sí, a lo mejor bravuconea. Lo mismo da. Extiende un vaso de vidrio lleno de algo transparente.

- ¿Quieres? Es anís.

Pero lleva prisa y se pierde en la pequeña multitud demasiado pronto.

//

Inacabables los encuentros. Tripular sus calles a pie sobre ruedas mantiene atentos a los veinte millones de pasajeros que se ven obligados a vivir la ciudad en vigilia perpetua. Un viaje en Metro (cinco millones lo hacen diariamente) abre acceso a un juego de combinaciones cortazarianas, fugaces : encuentros para siempre. El capitalino (o «chilango», como se le infama en provincia) es mirón. Acepta ser mirado pues se reserva el derecho de checar lo que le venga en gana. La desinhibición, aún silenciosa, vaga entre el ligue, el desdén y el asalto como nube imperceptible. Sólo hay sorpresas, todo puede pasar, incluso nada.

Grande como es, y violenta, la ciudad de México podría tener una criminalidad mucho mayor. Su tamaño y complejidad se mantienen habitables a niveles que decenas de urbes en el mundo, de Detroit para abajo, siendo más pequeñas y policíacas, hace años dejaron atrás. México abriga multitudes diestras en el comportamiento tumultuario, se organiza sola. Son excepcionales los pánicos, los saqueos, las confusiones de tráfico humano. Eso explica el extraordinario fenómeno de organización y solidaridad que originaron los sismos de 1985, cuando buena parte de la ciudad vieja se derrumbó sobre miles de víctimas. No hubo pillaje sino colaboración, y al dolor se le respondió con duelo.

Sin embargo, México no es Disneylandia. Las diferencias sociales culturales y étnicas son brutales. Mientras las clases dominantes se arrojan sin reparos a los brazos del poder político y comercial de Estados Unidos, millones de marginados de diversos tamaños y colores fundan y refundan sus pequeñas tenochtitlanes. Migrantes de toda la república infiltran la urbe. Dos o tres millones son indígenas; en la ciudad se hablan, secretamente, por lo bajo, unas 40 lenguas de las 56 que existen en el país, además de las dominantes español e inglés. Colonias de paracaidistas que algún día aterrizaron por acá forman hoy ciudades enteras: Neza, Calco, Culhuacán. Y participan de la Zona Metropolitana que muchos llaman «mancha».

No obstante los contrastes abismales, como buena ciudad ésta tiene vocación clase-mediera. La televisión quiere uniformar a las clases medias; éstas inevitablemente se fragmentan y salen disparadas, se proletarizan, indianizan o, con menor frecuencia, se aburguesan. La capilaridad social, activa como es, tiende a lo bajo, en contradicción con el espejismo de abundancia en las inmensas colonias residenciales como el Pedregal de San Angel, Lomas de Chapultepec, Tecamachalco y sus decenas de imitadoras. Que cada día haya más malls, casas de bolsa, hoteles de lujo, videotiendas, no impide que el reflejo real sea burdo y subempleada, en nada parecido a los anuncios comerciales y los discursos del poder, que todo lo ven bonito, modernizable, en vías de solución.

Invisible Babel

Como dice una anacrónica canción, «ayer fue un día nuevo, pero hoy es viejo el día». La historia de las ciudades, su naturaleza intrínseca, reside en su destrucción perpetua. Cosas y lugares no son lo que son, sino lo que eran. Justamente esta evanescencia apocalíptica hace de las ciudades algo vivo, cambiante, impredecible, abierto indistintamente a la decadencia y el esplendor.

Tal disponibilidad para los extremos convierte a las grandes ciudades en refugios: la mayor miseria se atenúa, la peor fealdad se perdona, cualquier fortuna criminal (criminal por ser fortuna) pasa desapercibida.

En ninguna verdadera gran ciudad se habla una o dos lenguas, sino muchas. Todas son Babel, y sus habitantes se las arreglan para entenderse. Al lector le vendrán a la mente Nueva York, París, Shangai u otros enclaves cosmopolitas, con Gran Turismo e inmigrantes, en su mayoría mano de obra barata. Pero nadie pondría a México en esta nómina; se le considera una homogénea casa llena de chilangos, buena para ellos, y autodestructible como ninguna.

Pero la ciudad de México, sin aspavientos ni prestigios, es una de las pocas auténticas Babeles del siglo XX. Siendo el más numeroso y dilatado asentamiento urbano del orbe (contando la inmensa porción del Estado de México que también es la ciudad), ni la mitad de sus habitantes son oriundos de ella. Como una Samarkanda mítica, es ciudad de inmigrantes.

Claro, si se comparan con Nueva York, nuestros guetos extranjeros parecen insignificantes: francés, hebreo y yidish en Polanco (y cada vez menos en la Hipódromo Condesa); árabe en Narvarte; inglés en Las Lomas (Chapultepec Heights) y los perímetros de Satélite; y desde fechas recientes japonés en Tlalpan. Nada que ver con

la *mélange* parisina, mosaico de Africa Asia y Europa; ni con el acumulo residual del Imperio Británico en Londres donde el Caribe y Nigeria les dan la mano a India e Irán.

La condición babélica de México es de otra naturaleza. La mayor parte de sus extranjeros (designando así a los hablantes de lengua distintas) son mexicanos. Esto es, se habla casi medio centenar de lenguas mexicanas - sin contar dialectos - y sueñan en barrios específicos; algunos, auténticos pueblos indígenas adheridos a la trama urbana. En estos días, habitan más indígenas en el área metropolitana que cuando la conquistaron los españoles. Sin embargo, no se notan, pues sus lenguas son invisibles, inaudibles, condenadas al silencio por los dueños del habla dominante. Aquí no se da el pintoresquísimo multilingüismo de San Cristóbal o la capital oaxaqueña, donde las heredades maya y mixteco-zapoteca despliegan abundantes lenguas para deleite del turismo. En las piedras de la capital no resuenan el mazateco, el mazahua, el ñanhu, el mixteco, el mixe, pero aquí están. Se acepta el náhuatl con carácter simbólico, aunque lo hablan casi dos millones de mexicanos, buena parte de ellos en la capital y sus alrededores. Estas lenguas experimentan, como todo en la ciudad, un proceso perenne de destrucción-transformación.

Los vistosos guetos de Liverpool, Bombay, El Cairo o Berlín no guardan ninguna relación con los barrios indios de la ciudad de México, pueblos enteros trasplantados que dejaron la patria chica como sucursal. El racismo, el clasismo y la ceguera nos impiden aprovechar y disfrutar la riqueza de esta Babel; se la confina a la negación. Eso no impide que la cultura zapoteca florezca por acá, a veces incluso con esplendor; ni que el genio fenicio de las mazahuas imprima su sello a una vasta zona del comercio callejero; ni que la Internacional Mixteca tenga en la capital uno de sus ejes fundamentales (el otro lo comparten San Diego, Tijuana y Los Angeles).

No es un imperio, ¿un crisol? Sí una realidad. Y su mayor ironía, que sin duda lastima la acendrada conciencia urbana, es que esta Babel invisible da a México City un carácter rural. Los trabajadores indios no sólo sufren las reglas de la ciudad, también le imponen su ritmo, sus maneras, su adaptabilidad, sus lenguas en peligro. El tiempo se disloca. Un huichol en el Metro o un rarámuri en Plaza Universidad siguen siendo más exóticos que un paquistaní con sari o un japonés con su Nikon. Los mundos nacionales más lejanos entre sí se dan cita en la ciudad de México.

Noticia: el tuerto es rey

México ha sido tomada por los ciegos. En un operativo multifrente, silencioso e imprevisto, personas sin visión de las cosas han ocupado los espacios pasivos de la multitud (transportes colectivos, colas, mercados y cruceros famosos). De Taxqueña a Tacuba le pueden tocar a uno hasta cuatro ciegos distintos, algunos en familia. No falla un invidente en Reforma, el tianguis de Pachuca o las afueras del mercado de La Bola. Y ya nadie sabe qué hacer con tanta canción desgarrada. Los menos, arañan un violín. Otros piden limosna sin artilugios o de plano gruñen su incompetencia.

En la Corte de los Milagros capitalina, el Seccional de Invidentes adquirió por lo visto una virtual autonomía y nos enfrenta a diario con nuestro propio juego de ojos, nuestras lagañas, lágrimas, ojerizas, evasiones. No somos espectáculo para ciegos, no existimos; existen nuestras monedas, el ruido, los olores, nuestra invisibilidad.

En esta era de ozono y lluvia ácida, los videntes vivimos una exterioridad trunca. Habitamos un mundo olvidado y distante. No vemos lo que ven los ciegos: penumbra en color o no, sombras, recuerdos virados al gris, quién sabe. Sin forma, velocidad ni volumen, sus imágenes hacen y deshacen lamentos: «clavaste un puñal en mi pobre corazón».

Una mujer de órbitas blanqueadas sube al camión y tamborilea con su bastón los bordes, agita la moralla hueca de su taza, empuja su dignidad contra la indiferencia general. Nadie mira. Que pasen los ciegos mendicantes y sigan su ruta paralela. Nadie habla con ellos; por ignorarlos, se les concede la palabra. Quien dormita se niega a despertar, quien conversa, calla, quien lee mete un dedo en la página y espera. «Señores pasajeros, disculpen la molestia, pero como ven me veo en la necesidad». Es el momento de la ciega como vaharada de oscuridad, fijeza que no mira; su ruego indirecto canta sobre dolor y puñales y en el aire suenan los navajazos del azar.

El mundo colorido del tumulto cotidiano se reduce entre ciegos al puro contacto, a la evasión de cualquier contacto. Nadie en la calle toca a un ciego ni le da la mano, como no sea otro ciego. Los lazarillos además no abundan y los invidentes saben su camino, total ya qué. Desconocen la palabra «compermiso». Ellos pasan. Y quien tenga espaldas que las use, al fin que nadie va a darse cuenta.

Desaparece el ciego de nuestra vista y respiramos sin juicio, mito, reflexión ni culpa. Ningún ciego callejero remite a Homero, ni a los gobernantes, ni a la opinión

pública. Ningún romance de ciegos hace pensar en ellos. En cierto modo no existen: su reino es de otro mundo.

///

Sin piedad por sí misma, con tal de avanzar se pisotea y destruye. Las estaciones de su historia son las de sucesivas destrucciones. No carecemos de memoria, como se cree; al contrario, sólo que nuestra memoria no reside en calles y monumentos y zonas y costumbres y embarcaderos, sino en la constatación de su inexistencia. Los primeros hombres se establecieron aquí para florecer, hace no tantos siglos; y florecieron: un sistema, un imperio, un jardín de chinampas, una tradición, una cultura. Hace cerca de 500 años llegaron los segundos hombres del valle, y nada más de entrada destruyeron templos y casas, joyas, obras de arte, ropajes, flores; asesinaron lo más posible, robaron lo que les pareció valioso, y a lo demás le prendieron fuego. Desapareció Tenochtitlan, se fundó lo que hoy seguimos llamando Ciudad de México.

El abigarrado mestizaje que siguió, por las buenas o las malas, no ha cesado. Así las cosas, como dicen los comentaristas de televisión, la población no deja de cambiar. Su naturaleza inestable de hormiguero que no para la orilla a tumbar lo que hay y poner encima algo nuevo. Sobre el Templo Mayor la Catedral católica de la colonia y el Palacio Nacional del independentismo decimonónico. Sobre el lago fraccionamientos, ejes viales, gasolineras, escuelas, montones de basura. Sobre casas que hubo, edificios, y sobre sus ruinas otros edificios, o de pronto, un estacionamiento donde hubo árboles; semáforos; drenaje profundo donde hubo ríos.

Paradójicamente, esta destrucción, que por supuesto causa muertes, ante todo, dadas las evidencias demográficas, causa vida. Si se destruye a cada paso, ¿por qué es más grande, más poblada y más inquieta? Lo sorprendente es que, por momentos, llega a parecer más hermosa. Bajo el esmog y sus mitos, el pésimo aire, sobre el suelo degradado, las aguas pestilentes y las toneladas de asfalto, concreto y piedras, camina una población extraordinaria. Quien logra penetrar el alma del habitante capitalino, descubre por qué la ciudad más inhabitable del planeta sigue siendo tan habitable y gozosa.

Su ángel de la guarda la salva del progreso completo, la conserva un poco primitiva (y como se sabe, los primitivos no es que no progresen, sino que lo hacen de otra manera).

Por fortuna llena de niños, también está llena de políticos, por desgracia. Los primeros la repueblan, los segundos se la pasan haciendo algo con ella: la compran, la venden, la expropián, la prestan. Hacen y deshacen leyes; su inmutable centralismo padece revoluciones que generalmente se pelean fuera, en el campo; después acatan, y administran. Virreyes, presidentes, un par de emperadores y una alteza serenísima han creído dar órdenes. Ellos hacen que mandan, y la ciudad hace que les obedece. Lo que tiene su mérito en un Estado tan autoritario como el mexicano.

Aquí los niños no andan de matones como en San Pablo o Bogotá, ni los matan como perros, como en Guatemala y Brasil. Y si bien hay una perenne guerra de bandas adolescentes, como antes la libraron porras, hay en ellas más juego bélico que letalidad auténtica.

Igual que cualquier ciudad que se respete, tenemos una pésima policía, con frecuencia prepotente, corrupta y más peligrosa que los ladrones, pero aún así, uno se entiende con ella. No ejerce sino otra forma de supervivencia. Cuando los sismos de 1985, el ejército y la marina ocuparon las calles para controlar el desastre; la población, sobre todo las clases populares, se insurbordinó sin armas y no hizo caso; se organizó sola para sacar de los escombros a sus vivos y sus muertos. Y ese ejército, que en otras circunstancias (basta ir al campo del sureste), pega y dispara, pues sus reglamentos lo permiten en casos de emergencia, no hizo nada y vio cómo los chilangos se arreglaban con la tira, la policía, que igual en esos días estaba completamente desconcertada. Al final, los soldados ayudaban. Me tocó ver a varios obedecer órdenes de civiles, jefes de nadie.

Donde las sombras huyen de sí

El humo danza ante sus ojos, recorre la habitación y sube las paredes hasta echarse por la ventana. La calle húmeda parece exánime, el calor está adentro, allá, lejos del corazón, en pensamientos que nada atrapa, mientras amanece sobre las azoteas una luz azul y cantan en plena ciudad envenenada inúmeros pájaros.

Se mira los pies, atónito de tenerlos, y recuerda las calles de su vida, los parques, las tiendas, los mercados, las casas, como arena que escurre entre los dedos, cuando la historia personal está de más y sólo convoca el ruido de los pensamientos ajenos.

Un hombre camina de prisa bajo la lluvia, pantalón y saco blanco, elegantísimo, un clavel en la solapa. Se tapa de la lluvia con un periódico ilegible y entra al pasaje

Catedral buscando algo hacia lo alto. Desarremanga los pantalones que, zancos, afeaban su estampa, y pregunta blando a una mujer gorda que vende objetos religiosos como quien vende juguetes o muebles:

- ¿El 104?

La gorda arremete contra el mostrador, parsimoniosa, paladea su respuesta y señala con la izquierda.

- Agarre la escalera hasta el primer piso y cruce el pasillo de enfrente.

Un niño húmedo tiritita frente al aparador. Estremece el espinazo al mirar un Cristo apaleado y en su cruz, reproducción hiperreal de la hemorragia que fundó otra religión hace cerca de dos mil años en otra parte.

Charcos adentro, charcos afuera. Gente cubierta con plásticos verdes atraviesa Brasil, los coches hacen como que embisten, la gente se pone un poco atropellada y sigue adelante por Tacuba. Subastas, joyas, perfumes. El olor químico, aplastante, confuso y abigarrado como allá afuera la gente, se opone al placer del aroma. Un aire de brillantina, cold cream, esencias alcohólicas, fijadores, lavandas, jabones y champús al mayoreo. Uno se emborracha nomás de entrar a la perfumería Tacuba, larga botica de olores y frascos llenos, vacíos, alineados en mostradores y estantes.

La muchacha de los jeans apretados, meticulosamente maquillada, busca en un espejo la novedad de su rostro y fastidiada lo encuentra. Ese carmín no le gusta. Pide otro. Fotos publicitarias de mujeres increíblemente elegantes pero hermosas ofrecen marcas francesas a coquetas, minoristas del género, manicuristas profesionales, farmacieros y peinadores.

- Carajo, cómo llueve - protesta para sí uno de los pocos compradores masculinos, abre el paraguas sin mirar arriba, salta el primer charco y pierde las gotas de lluvia de sus pasos nada importantes, impersonales, en dirección a la Alameda.

Un mundo de patos humanos. La indiferencia automóvil salpica esa intemperie gris que a nadie refugia. Como en siglos idos, la ciudad la viven quienes saben flotar, sólo que hoy la cubren cielos más pesados, fumarolas y piedras que no respetan la luz ni el paso del tiempo.

Es hora de volver a casa y ya adentro dejar abiertas las ventanas para que el humo salga y se vaya.

IV

Exótica, sí es no es predecible, esta ciudad alberga todas las religiones imaginables, las ideologías acendradas. No obstante, los capitalinos enfrentan su propio forcejeo autogestionario en condiciones constitucionales de minoría de edad. Son los únicos mexicanos que no pueden elegir su gobierno local - con o sin fraude -. Sin embargo, es un sitio cosmopolita por excelencia, aun en ausencia de méritos. Pese a los yugos, abre espacio a una infinidad de costumbres sexuales, creencias políticas y religiosas, creaciones artísticas y perpetración de transas y maldades. En el umbral del año dos mil, México experimenta la diacronía de las ciudades donde pasa algo. Eso las amenaza y ayuda a durar. A veces las destruye.

Una voz dice «aquí estoy»

En cierto modo era un artista incomprendido, pero él ni siquiera se daba cuenta. Lo suyo lucía en las paredes, los postes, las puertas, los toldos, las paradas: planos sobrepuestos que trazan la piel de la calle, sus murallas visibles, el lenguaje incontenido de la casualidad, la intención política, el despliegue comercial, el arrebató lírico, donde la ciudad es palimpsesto, invitación a un baile o la lucha libre, a circos, teatros, farmacias, escuelas de computación, plomerías urinarias, insultos al poder o los otros, endechas, frases huecas, símbolos patrios o matrisos.

«Arbol que crece torcido, después sirve para columpio» en una barda de la bomba nueva en el parque, u ojitos pajaritos de un cartel arrasado por manos iracundas que dejan una impronta de manifestaciones rotas, mensajes prohibidos, asesinato virtual. En la universidad ve murales agredidos; también en otras partes, incluso fuera de las iglesias: «Los pájaros gordos no vuelan».

Pensó alguna vez que era una inclinación natural de los hombres, desde las cuevas de Altamira, y desde Managua hasta Soho, Praga, Ginza y la Colonia Morelos. Los muros son para pintar, para anunciar, romper, borrar; se ensucian, caen, respiran, sudan, orinan, se olean, no resisten el paso del tiempo ni de advenedizas manos, cuerpos que chocan contra su espalda, chorros de color o faltos de color por completo. Palabras: huecas, de políticos, tontas, inspiradas, asombrosas, incompartibles.

Los muralistas, Orozco, le parecen sólo una etapa más privilegiada y sabia de ese eterno pintarrajeo que no ignora historia, miedo, odios ni esperanzas. Entre más irrepetibles, mejores los mensajes, imágenes sobre la pared.

La prostitución inevitable de sus muros hace de la ciudad, en sus barrios móviles al menos, una instancia superior de la colectividad y la locura humana. Si el casero o director de escuela o delegado sale puritano y sale con su bote a borrar lo que le desagrada, simplemente estimula reivindicaciones minimalistas: matriz sin engaño de la sobrevivencia. Monumentos a la fugacidad.

La ciudad desnuda, cosmética, hipócrita, abierta, desesperada. Durante la época sísmica encontró dolorosos mensajes, edificios desplomándose, multitudes que huyen pintadas por manos pueriles. El discurso de la solidaridad quiso después absorberlos oficialmente, ponerlos guapos. Nomás los mandó a otro lado, como siempre pasa. Los muros piden vivienda, chelas o libertades ingratas. Los comerciantes se quieren omnipresentes pero cualquiera le pinta bigotes a la modelo, o le raya las chichis, la expropia para ojos que vendrán después y preferirán leer garabatos en vez del eslogan impreso y archiconocido.

Descubre que a los muros nunca los agota el silencio. En la intimidad del baño público, o su contraparte, la plaza repleta, siempre encuentra muros platicadores y parcas rejas. Y toda esa belleza, a veces tan fea, tan amarillo tlapalería, le acaricia la mirada, le pica la cresta y no le permite distinguir entre la ciudad y su vida.

En sus ondas

No tiene libramiento. Encaminados a ella, no hay manera de evitarla. Ninguna carretera la circunda, ningún avión que la sobrevuela sigue de largo. Poseída por la imantación de su propio peso, la ciudad de México, sucia o no, atestada, cometiempo, es atrayente y adictiva para quienes la habitan y los que la buscan; muchos la encuentran.

Son tantos sus mundos superpuestos que resulta fácil ser anónimo, y fácil no serlo. Carga, con no pocas bromas, los viejos apodos humboldtianos de región más transparente del aire y ciudad de los palacios, que o son antiguos y ya tienen una garna-chera en la esquina y alojan filas de escritorios, o son nuevos y están en colonias que no toca el aire. Lo que hay de cierto es un altiplano callosa, sin estilo arquitectónico ni color definido (esos son su estilo y su color); como sugirió Salvador Novo, no es región para cualquiera, sólo para iniciados que han sabido poseerla perdiéndose en ella mientras se construye y destruye sin cesar. Los que nacen en ella le son adictos aunque por deporte renieguen. Los que le dan el llegue en alas de la migración, después del primer arponazo ya no saben dejarla.

A veces penetrar en ella por aire es un privilegio. De noche mete al ojo un océano de luz sobre la negrura azul, animal interminable que se curva con el horizonte y respira espasmódicamente, seguro en su madriguera. Encandila, como la vela al mosco que termina achicharrado en parafina. Presume el umbral prodigioso que Cortés robó para su nombre: a la izquierda el cráter del Popo y su hilito de humo; a la derecha el largo cuerpo nevado de la Mujer Dormida. Pasado el festín volcánico, uno acaba cayendo, como sea, en la misma nata acogollante que respiran otros 20 millones de monitos como uno.

Eso no impide a la ciudad abrir todos los días, como los mercados y las panaderías, echar sus dados a ver qué jáis, y apostar a la esperanza con una terquedad absurda, paranoica, clavadísimas. Dicen que dispersa las energías individuales; emana así la suma de esas dispersiones y le carga las pilas al más aguado. Prende.

Todos los extravíos conducen a México (eso se decía de Roma, invadida por los caminos). Es complaciente, fácil de amar y odiar, difícil de dejar; a cada quien le caben muchas vidas.

Cualquier oficio, incluso el de no tener ningún oficio, prospera en ella. La ciudad de México se organiza y desorganiza fluidamente; dejó de ser lago a la mala para trocarse en una confluencia de ríos que luego ya no hallan cómo salir de sus ondas y se quedan dando vueltas, intrincados.

Estómago del país, o cerebro, o corazón, o pulmón, o culo, la ciudad abre su gran boca y traga al que llega, que por lo regular no se resiste, si hasta parece que le dieran toloache.

Y así se pasan los años.

Referencias

*Plegio, Roberto; Murrieta, María E., NEXOS. - 1990; Cuentos de la ciudad.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 120 Julio-Agosto de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.